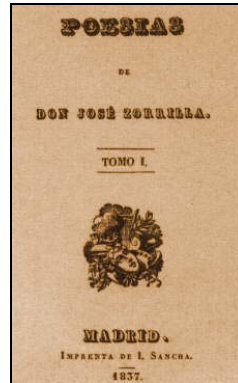
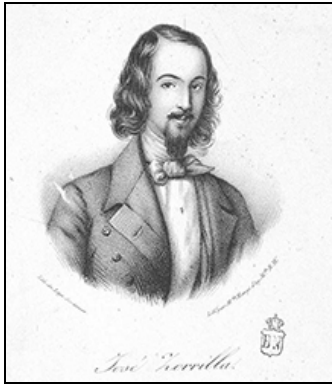


1. *Poesías*, de José Zorrilla [1839]



La huella que las poesías del señor Zorrilla dejan en el campo de nuestra literatura, es harto profunda para merecer solo una mirada indiferente o fugitiva; y si nuestros esfuerzos bastasen a mostrarlas tales como son y a juzgarlas con toda la imparcialidad que merece un talento esclarecido a los ojos de todos, grande había de ser por cierto nuestra satisfacción. De todos modos, si no acometemos la empresa con prendas tan seguras de buen éxito, no será el deseo de hacer justicia y el de acertar el que nos falte por lo menos.

Habiendo de proceder con algún método y concierto en el análisis de esta obra, parécenos lo más acertado examinar el orden de ideas que la sirven de fundamento, o lo que es lo mismo, su escuela. Poco partidarios somos por nuestra parte de esa división de escuelas, que ha convertido durante algún tiempo en campo de Agramante el campo de la literatura; porque en nuestro entender solo hay bueno y malo en las bellas artes; y ni el desorden del vuelo poético bastará a escudarle contra el justo criterio de la lógica, ni la mezquina y fría imitación hará vibrar nunca las cuerdas del sentimiento.

La inspiración más sublime y levantada del genio forzosamente ha de corresponder, para ser sentida y comprendida, al orden de nuestras ideas y sentimientos; y forzosamente también nuestro corazón y nuestra alma, educados y formados en creencias grandes y severas, habían de romper esas trabas ruines que aprisionaban el vuelo del espíritu y que, si para



otras generaciones habían podido ser holgados y espléndidos ropajes, habíanse convertido para nosotros en estrechas e insoportables ligaduras.

¿Qué significa, en efecto, la Venus de Homero², delicia y fascinación de los sentidos, con su cintura encantada, delante de la Virgen del Apocalipsis, «vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas»³?

La melancólica y sentida aparición de Héctor en *La Eneida* ¿podrá compararse con estas palabras del Libro de Job?:

En el horror de una visión nocturna, cuando un profundo sueño suele ocupar a los hombres, un espanto y un temblor se apoderó de mí, y todos mis huesos se estremecieron; y pasando por delante de mí un espíritu, erizáronse los pelos de mi carne. Paróseme delante uno cuyo rostro no conocía, una imagen delante de mis ojos, y oí una voz como de airecillo apacible...⁴.

Cuando las creencias religiosas o sociales se alteran, es imposible que la expresión de estas creencias no mude al mismo tiempo de forma; es imposible que las nuevas ideas no revistan formas nuevas también. Y no se diga que lo que hacemos es consignar hechos nada más, porque estos hechos suceden necesariamente, tienen su explicación en las leyes de nuestra naturaleza y en las condiciones de nuestro modo de ser, y son, por último, irrefragable testimonio de la unidad de la especie humana que obedece siempre a un mismo impulso, cualquiera que sea la zona del globo en que se le imprima.

Clasicismo versus Romanticismo

Así que nosotros aceptamos del clasicismo el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época, sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del romanticismo aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo, empero, ha de ser por el espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar, y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y

² *Iliada*, canto V, la expresión extraña en Gil: en Homero, Venus es Afrodita.

³ Apocalipsis, 12, 1-3: “Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza. Estaba encinta y las angustias del parto le arrancaban gemidos de dolor”. En esta cita y en la siguiente, Gil reproduce el texto de la *Vulgata*.

⁴ Libro de Job, 4, 13-17.



espontáneos, y no fosfórico resplandor que luzca vistoso un instante para apagarse apenas le toquen.

Y si variamos de época, añadiremos que aceptamos el clasicismo por entero entre nosotros durante todo el siglo XVIII, como una idea poderosa de orden y de disciplina, única capaz de corregir la anarquía y confusión que se introdujo en la literatura hacia la postrera mitad del siglo XVII; y que aceptamos el romanticismo aun con sus extravíos a principios del siglo presente, como único medio de emancipar el genio de las injustas cadenas de los reglistas.

Por lo demás, la idea de que el talento, cualquiera que sea la bandera en que se aliste, tiene siempre una misión privilegiada y bienhechora en la marcha general de la humanidad, es harto más social y fecunda que esas mezquinas rencillas literarias que bullen en un círculo más mezquino que ellas todavía. ¿Por qué no mirar como hermanos a Sófocles y Shakespeare, a Calderón y a Moliere, a Byron y a Cervantes, cuando Dios puso en la frente de todos la estrella rutilante del genio? Preferir la discordia a la armonía, es idea digna tan solamente del Satanás de Milton en acecho de las delicias del Paraíso.

Sentada nuestra opinión sobre la filosofía de la literatura, nos ceñiremos ahora a las poesías del señor Zorrilla y no saldremos ya de ellas.



Análisis de los poemas

Fácilmente podrán presumir nuestros lectores que un joven de una fantasía poderosa, rica y ardiente se inclinaría desde sus primeros pasos a la escuela que más campo ofreciese a su inspiración y más espacio a los vuelos de su alma; así es que el señor Zorrilla fue desde luego, romántico, para conformarnos con la denominación. Sus primeros versos hicieron alarde de esa brillantez y gala desconocida de Calderón acá, de esos vuelos fantásticos y caprichosos, de esa novedad y atrevimiento de imágenes, y de esa música exquisita de la versificación, ora apagada, dulcísima y melancólica; ora robusta, vigorosa y resonante según los objetos sentidos o descritos, que tanta magia derraman en esta colección poética.



Sin embargo, como el autor apenas salía de la niñez cuando comenzó a caminar por la senda de la reputación y de la poesía, sus primeros pasos hubieron de resentirse precisamente de la incertidumbre que acompaña a todos los viajeros al principio de un camino desconocido. Durante el primer tomo se trasluce, en efecto, ese trabajo ímprobo y puramente interior de un poeta, que busca terreno a propósito para construir el palacio donde han de morar sus ilusiones y su nombre, y que cargado con el peso de su inspiración, no encuentra un lugar de preferencia en que depositarla.

Su poesía, que en todas partes se desliza sonora, fácil y abundante, campea con más vigor en unos trozos que en otros, y deja traslucir que el aliento de la inspiración no en todos es igual. Por ejemplo, en la composición *A Toledo*, en los *Recuerdos de Toledo*, en una de las *Orientales*, en la *Noche de invierno*, brotan los versos espontáneos, sentidos y verdaderos siempre, al paso que en la composición *A una mujer*, en los fragmentos *A Catalina*, en *Ella y Él*, se echa de ver una impresión menos profunda, reflejada de consiguiente con un tanto de palidez.

La composición *A la estatua de Cervantes* es severa, enérgica en su expresión, trascendental en su objeto y bellísimamente versificada; sin embargo, ni es la mejor del señor Zorrilla, ni la mejor del tomo. Esta clase de composiciones filosóficas en su concepto, en su desarrollo y en su tendencia, reclaman un fondo de madurez y de reflexión que rara vez o nunca acierta a ser el patrimonio de los pocos años; y aunque el señor Zorrilla ha ofrecido en esto una prueba bien clara de la precocidad de sus disposiciones, el hecho es que su vuelo no ha sido en esta ocasión tan igual y sostenido como en otras.

En todo el tomo, según hemos indicado, se echa de ver cierta indecisión y falta de unidad en el conjunto, testimonio irrefragable de que el autor no había sondeado detenidamente su alma, ni enderezado un viaje a término fijo. El género descriptivo, no obstante, está manejado, si no con la perfección que en los demás tomos, con extraordinario vigor y lozanía, y parece prometer la justa predilección que el autor le ha concedido después, con tanta ventaja de su buena opinión. Fuera de esto hay varias composiciones que en rigor no pueden llamarse cuadros por la falta de unidad en su plan, y que más bien se



asemejan a una porción de lindísimos arabescos dibujados sobre un fondo brillante y de sumo efecto.



En el segundo tomo ya ha tomado tierra el poeta, y puede adivinarse que sus excursiones al país de la inspiración se harán con más conocimiento del terreno y con la certidumbre de volver a lugar seguro.

El día sin sol es una composición llena de aliento y de calor; un tanto desigual, es verdad, pero rica de descripciones de inmensa gala y lozanía, y tocada en varios trozos con una delicadeza y gracia infinitas. Sin embargo, el cuento de *Para verdades el tiempo y para justicias Dios, La sorpresa de Zahara* y *A buen juez, mejor testigo*, son a nuestro entender los pasos más firmes y más fecundos en resultados que el señor Zorrilla ha dado en su carrera literaria.

En todos ellos se ve el poeta nacional inspirado a la vista de los lugares, verdadero, rico como nuestro cielo, desenfadado y noble como nuestros caballeros, dramático en los diálogos y lírico y opulento en las descripciones. Desde entonces ha tomado esta clase de poesía en su pluma el carácter local que reclamaba, y que tanto había de realzarla; el marco con que la ha ceñido el autor, le ha hecho ganar en precisión y en vigor, viniendo a ser de este modo tan clara y tan distinta la impresión que deja al alma completamente satisfecha.

El segundo tomo es el pedestal del poeta, pero en el tercero la estatua ocupa ya su pedestal. Ábrese el volumen con una composición a Roma, en que se trasluce algo del nervio de Horacio, no poco de la severidad y filosofía de Tácito; composición en nuestro dictamen más completa ya y más madura que la que antes citamos del tomo primero a la estatua de Cervantes. Sin embargo, donde más alto aparece el vate es sin duda en los versos *Al último rey moro de Granada, Boabdil el Chico*.

Hasta aquí reconocía todo el mundo en el señor Zorrilla un admirable poeta descriptivo; pero nadie juzgaba tan poderoso su corazón como su fantasía: juicio fundado, en verdad, pues que los cuadros que nos había trazado de los vaivenes y misterios del alma, más eran indicaciones y bosquejos, que no obras de filosófica y esmerada composición. Faltaba a sus poesías esa intimidad (permítasenos la expresión) que parte de un corazón para apoderarse de otro, faltábale esa



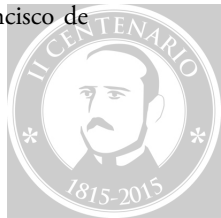
simpatía inexplicable y profunda, que nos identifica con los ajenos males, pero en *El último rey moro de Granada* el poeta es oriental y magnífico en la descripción de la *perla de Oriente*; es el poeta de la guerra en boca del caballeresco Muza; es, en fin, el poeta del infortunio, el intérprete de los dolores del destierro en aquellos desdichados moros, que iban a esperar en las africanas arenas la vuelta de las golondrinas que tornaban de los campos de la patria. El poeta, por una dichosa combinación, ha sabido atesorar toda la esplendidez de la fantasía y todos los misterios de la desventura en estos versos, que durarán tanto como el gusto de lo bello y de lo verdadero. El mayor elogio que de ello podemos hacer, es insertar una muestra al fin de este artículo.

La composición más notable que encierra el tomo tercero después de las ya mentadas, es la dirigida *A una calavera*. Sin embargo de aceptar, como aceptamos, toda clase de inspiración, porque estamos íntimamente convencidos de que la poesía no es otra cosa que el reflejo del sentimiento, no excita nuestra simpatía este género desconsolado y amargo, que despoja al alma hasta del placer de la melancolía, y anubla a nuestros ojos el porvenir más dulce, el porvenir de la religión. Por lo demás, la composición nos parece tocada con franqueza y valentía y de sumo efecto.

El tomo cuarto nada añade a la fama del señor Zorrilla como poeta lírico porque, si bien *Las hojas secas* ostentan rasgos delicados y de exquisito gusto, se queda muy atrás de los versos al último rey de Granada. Como poeta dramático, no es este ya el lugar de juzgarle por el corto espacio que nos resta, y porque debiendo representarse en breve su comedia *Más vale llegar a tiempo que rondar un año*, nos reservamos para entonces su juicio⁵. Del capricho dramático que está al fin del primer tomo, solo diremos que es un juguete, y que la crítica no debe ensañarse con él.



⁵ El anuncio no se cumplió, pues el estreno se retrasó cinco años, cuando Gil ya estaba en Berlín, por lo que no pudo cumplir este propósito: “*Más vale llegar a tiempo que rondar un año* se estrena en el Teatro de Variedades, en 1845, aunque se había publicado el 39, que fue el año que [Zorrilla] estrenó Juan Dandolo”. [Francisco de Cossío, *ABC*, 27 de junio de 1944].



Tendencias filosóficas

Hemos acabado el análisis de las obras del joven Zorrilla, tal como lo permitía la estrechez de este artículo; réstanos hablar de sus bellezas y defectos, y de su tendencia filosófica. De las primeras dejamos indicadas no pocas: brillantez de colorido y brillantez de imágenes, armonía exquisita en la versificación y verdad extraordinaria en las tintas locales; tales son las principales dotes que adornan esta colección.

En cuanto a defectos, ha tenido nuestro joven autor algunos en el principio, que el tiempo y la reflexión han ido corrigiendo después. Échase entonces de ver algunas veces imitaciones de Calderón, sin considerar que los conceptos pasaron con la época de sutileza teológica que los engendrara; y hay además ciertas pretensiones de metafísica que no cuadran bien con el carácter desenvuelto y exterior de su poesía. Tiene también el señor Zorrilla el defecto de apenas corregir esos versos que brotan de su pluma con inagotable fecundidad, y que no siempre encierran ideas dignas de su armoniosa cadencia. La crítica juzga de las obras, no por su número, ni menos por el poco tiempo que en ellas se gasta, sino por las bellezas que contienen y por la significación que encierran.

Otras veces le sucede a nuestro vate repetirse a menudo; consecuencia indispensable de la desproporción que ha de existir entre sus pensamientos y numerosos escritos: desproporción irremediable, por otra parte, atendidos sus cortos años y sus larguísimos trabajos. Si la situación de los literatos no fuese excepcional de todo punto en nuestro país, le dirigiríamos un cargo por esa fecundidad excesiva de su musa; pero nos libramos muy bien de echarle en cara una cosa que tal vez deplora él como nosotros.

La tendencia filosófica de estas poesías, incierta y vaga en un principio, ha venido a resumirse en el propósito de levantar y rejuvenecer nuestra nacionalidad poética, de sacar del polvo nuestras tradiciones, y de restituírnos en lo posible ese espíritu caballeresco y elevado, que hemos perdido con las glorias que nos lo aseguraron, pero cuyo germen todavía descansa en nuestro corazón. En este sentido parécnos muy laudable y muy digna la tarea de maestro trovador, pero tampoco quisiéramos que perdiese de vista el porvenir. El águila del genio debe remontarse al cielo antes que despunte el día, para ver primero que el mundo asomarse el sol



por entre las tinieblas de la noche; y uno de los más bellos privilegios de los grandes poetas ha sido, en todas ocasiones, el de abrir y allanar el camino a épocas más cultas y más gloriosas.

Las poesías del señor Zorrilla andan en manos de infinitas gentes, y nosotros, sin embargo, quisiéramos verlas en manos de todos sin excepción, no solo para aumento de la merecida nombradía del autor, sino también para aumento de la gloria de nuestra triste nación, que en medio de sus amarguras no podrá encontrar más lecho de descanso que los laureles de sus hijos.

AL ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO

DE JOSÉ ZORRILLA

I

Una ciudad riquísima, opulenta,
el orgullo y la prez del Mediodía,
con regia pompa y majestad se asienta
en medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de
España
en hebras de purísimos colores,
y brotan al calor con que la baña,
en vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil expira aromas,
y la estremecen sobre cien jardines
bandadas de dulcísimas palomas
y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas,
en su verde llanura se derraman,
y a su confín, en playas españolas,
del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
fatiga de los fastos sus memorias,
su grandeza y tesoros son sin cuento
y no se encuentra fin a sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente,
fresca la brisa, amiga la fortuna,
fértil la tierra, y brilla eternamente
sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas,
vense allí, como en otro Paraíso,
los pomposos laureles del Eurotas
y los húmedos tilos del Pamiso.

Crece allí las palmas del desierto,
de Cartago los frescos arrayanes,
las cañas del Jordán en son incierto,
arrullan de Estambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
las vides de Falerno allí se olean,
y los de Jericó mustios cipreses,
con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
lúgubres sauces, altos mirabeles,
y olivos, y granados, y morales,
ceñidos de jacintos y claves.

El zumo de sus vides deliciosas
tal vez la alegre Italia envidiaría;
y por sus anchas y fragantes rosas,
sus rosas las trocara Alejandría.

El jaspero, el oro, el mármol, los
cristales,
se ostentan en su espléndido recinto,
y ansiaran sus recuerdos orientales
los escombros de Atenas y Corinto.



Y no la iguala en lujo y en riqueza
la voluptuosa pompa del Oriente,
que entre flores y lánguida pereza
vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la
robaron
para asentar en ella su morada;
los hombres a quien de ella
despojaron,
lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de
amores,
en que el compás de berberisca zambra
y el son de los clarines y atambores,
estremecían a la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus
placeres,
y un pueblo en su molicie
adormecido,

que gozaba en su paz nuestras mujeres,
esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
del brío y del poder de aquella gente,
y al postrimero Rey había tocado
el sitial de las razas del Oriente.

La hora fatal a la morisca luna
los sabios en su horóscopo leyeron,
y tal vez mereció mejor fortuna
de la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay, Boabdil! Levántate y despierta,
apresta tu bridón y tu cuchilla,
porque mañana llamará a tu puerta,
con la voz de un ejército, Castilla.

Mañana, de su mengua
avergonzados,
te cercarán los tigres españoles,
y echarán sobre ti, desesperados,
de siete siglos los sangrientos soles.

Semanario Pintoresco Español,
2ª serie, tomo I, entrega 9, 3 de marzo de 1839

